



OTRA MIRADA A MARIO GONGORA

En los últimos números de la Revista Universitaria se ha recordado a ese hombre maravilloso que fue Mario Góngora. Quisiera ahora agregar en una breve nota algo de la memoria que conservo de él.

Mario Góngora perteneció a esa escasa constelación de solitarios, obstinadamente independientes, pero unidos por una amistad sobria y segura. Es, más bien, la huella que se va formando y deshaciendo en encuentros espaciados que dan lugar a una conversación que un día se interrumpe, pero que otros continúan como un precario y persistente curso de agua. Del encuentro de algunos amigos a los que la muerte y la historia dolorosa han separado, nació hace más o menos ya veinte años la revista Dilemas. La decisión siempre sostenida de Góngora fue decisiva en esa conversación entre amigos que fue Dilemas, y cuando se quiera conocer lo que pensaron algunos espíritus libres en esos años se encontrará en ella una "atmósfera" que podrá decir mucho más que otras publicaciones científicas o doctrinarias.

Así, cuando pienso en la figura de Mario Góngora siempre lo estoy viendo mientras conversa con algún amigo. Particularmente evoco esa prodigiosa conversación de esos dos amigos con que se inicia la Utopía, de Moro. Esa mirada hacia la utopía y, al mismo tiempo, esa ironía apenas velada frente a su real posibilidad histórica que caracterizan la obra de Moro, creo que señalan el temple fundamental de la vocación de Mario Góngora. Deseo e ironía; ironía y deseo. Caminar —conversando— en el espacio abierto por ese ir y

venir del pensamiento, sería un retrato adecuado de lo que podríamos llamar la figura escénica del humanista, su "tenida". Así veo a Mario, caminando, a veces por un patio de nuestra Universidad, conversando, o solitario y callado. Así lo sorprendió la muerte.

Mario Góngora no fue lo que —todavía y pomposamente— se llama en nuestro país de tardíos pomposos, un "hombre de principios". Esa rigidez le quedaba corta. Y no fue un escéptico ni un diletante. Buscó lo propio, sirviéndose del rigor científico y las certezas morales, en vez de quedar inmovilizado por ellas. Sabía lo que era en él irreductible, y ese saber le dio la libertad de decir lo que quería. Así, siendo quizás el historiador más profundo y lúcido de su tiempo, no podría haber sido el representante de ninguna escuela. Siendo un católico esencial y preocupado, no se adscribió a ningún "humanismo cristiano". Más bien, se preguntaba por el posible sentido de un humanismo semejante. Siendo un conservador vigilante, no se plegó a ningún "tradicionalismo". Si advirtió sobre las ilusiones de los "revolucionarismos" y "progresismos", tampoco se plegó —cuando todo lo invitaba— a ningún revanchismo hipócrita y pretendidamente restaurador. Si se opuso al estatismo, también se levantó contra lo que le parecía la barbarie destructora de un liberalismo exacerbado que destruyera el sentido fundador y organizador del Estado en nuestra tradición. Desconfió de los modernismos y modernizaciones. Quizá sea mejor decirlo así: si no creyó en utopías ni en regresiones, supo que no podemos vivir sin presentimientos ni memoria. Así, fue un signo de contradicción. Asumió esa contradicción insumisa, ese propio ir y venir, atravesando la distancia que hay entre las palabras y las cosas que ellas nombran, que es, yo creo, el único sentido posible de la libertad. Y porque había experimentado los extremos distantes, podía comprender a los extremistas y extremados, y no tenía en cambio nada que hablar con los mediatizadores, fueran académicos, políticos o funcionarios. Cuando se haga —en poco tiempo más— evidente que la transmisión de información no requiere de instructores, la universidad deberá recogerse sobre su propia sustancia. Esa universidad recogida —no encogida— será muy distinta de la universidad "racionalizada" de los planificadores. Tendrá que ser construida desde algunos que hayan experimentado —en una feliz expresión de Heidegger— la diferencia entre una cosa estudiada y una cosa pensada.

Desde hace ya un tiempo nos falta Mario Góngora. Se conservará su memoria en su obra escrita, tanto en sus decisivas investigaciones sobre nuestro origen histórico como en los ensayos histórico-políticos que ocuparon sus últimos años. Pero quizás después de un tiempo se olvidará la figura del amigo severo y cordial. Pues, lejano a toda vanidad, tímido hasta parecer hosco a la primera mirada, era un amigo inolvidable. No era hombre de lugares públicos, pero con cierta regularidad llegaba a ver a sus amigos. Y entonces su genuino interés en lo que hacíamos, su solidaridad irrestricta en los momentos cruciales, lo hacían un interlocutor entrañable. Recuerdo sus viajes a las casas de Alberto Cruz, Godofredo Iommi y a todos sus amigos de la Escuela de Arquitectura de Valparaíso. El recuerdo de su conversación me lleva al de otro amigo inolvidable: Rafael Gandolfo. No tuve la suerte de ser amigo de Jorge Millas, pero pienso que ellos tres compartían —por diversos caminos— esa última sabiduría en que la amistad del saber es amistad de los hombres y en que esas dos grandes certezas son, al mismo tiempo, una renovada pregunta y una persistente ironía.

Si me he permitido agregar estas líneas al recuerdo de Mario Góngora, es para dar testimonio de ese encanto, de ese "aire" que hace que uno aprenda en algunos seres excepcionales el secreto emocionante y sutil que confirma nuestros presentimientos.

ERNESTO RODRIGUEZ S.
Profesor de la Facultad de Economía
y Administración (U.C.).